

Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Era, 1997.

Carlos Montemayor, *Chiapas. La rebelión indígena de México*, México, Joaquín Mortiz, 1997.

Guillermo Trejo

La rebelión indígena en Chiapas fue un acto que sorprendió al país entero. Políticos y analistas por igual fuimos incapaces de predecir el levantamiento chiapaneco y el subsecuente despertar de la identidad india como un factor de movilización política. Aunque la tarea principal de las ciencias sociales no sea *predecir*, sino *explicar*, no deja de ser un llamado de atención cuando el origen de uno de los sucesos más importantes del México contemporáneo nos deja mudos. Nuestro fracaso mayor, sin embargo, es que cuatro años después de la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) no hemos sido capaces de presentar una explicación causal de los orígenes de la rebelión. Estos años han sido la gran hora de formas de interpretación literaria como el reportaje, la carta y la biografía; pero la investigación teórica, analítica y empíricamente rigurosa ha sido la gran ausente.

En los últimos meses han aparecido algunos libros que trascienden el

reportaje, la crónica y la biografía. Estas obras tienen un alcance explicativo más amplio. Es el caso de los libros de Adolfo Gilly y Carlos Montemayor. Son dos textos que tienen una ambición común: explicar las razones de la rebelión. Desafortunadamente ninguno de ellos cumple con su cometido de manera satisfactoria. Ninguno de los dos da cabal respuesta a tres preguntas fundamentales: 1) ¿Por qué se dio la rebelión *donde* se dio? 2) ¿Por qué se dio *cuando* se dio? y 3) ¿Por qué y cuándo surgió la identidad étnica como factor de movilización política?

Chiapas: la razón ardiente es una colección breve de ensayos interpretativos que Gilly elaboró durante sucesivas estancias en universidades de los Estados Unidos, entre 1995 y 1997. El objetivo principal del libro, a decir del propio autor, es explicar por qué la "sociedad civil" mexicana cobijó espontáneamente al neozapatismo y cómo se fueron gestando cambios importantes en los métodos de lucha y los objetivos del movimiento guerri-

llero a partir del contacto con la "sociedad organizada". La respuesta a esta pregunta ocupa en realidad un lugar secundario en el libro; el propósito de fondo pareciera ser, más bien, explicar "la rebelión del mundo encantado". Gilly dedica dos ensayos a explicar los motivos y el desarrollo histórico de la rebelión y un tercer ensayo a la relación entre la guerrilla y la sociedad civil.

El argumento central de Gilly, siguiendo a James Scott, es que la rebelión en Chiapas es un fenómeno *cultural*. El sujeto de la rebelión es la "comunidad agraria", que se levanta como lo haría en la revolución de independencia o en la revolución de 1910, cuando ve amenazada su existencia por sendos procesos de "modernización desde arriba". En 1994, dice Gilly, la principal amenaza a la comunidad agraria chiapaneca encuentra su origen en las políticas de modernización del campo, iniciadas por Miguel de la Madrid y llevadas hasta sus últimas consecuencias durante la gestión de Carlos Salinas con la reforma al artículo 27 constitucional y el capítulo agrícola del TLCAN. Se trata de una rebelión *cultural* porque la defensa de la comunidad agraria trasciende lo meramente material: el levantamiento armado es, en realidad, una defensa de las "prácticas religiosas" y del "orden sagrado" al cual se deben la comunidad misma y sus normas sociales de convivencia. Los campesinos mayas de Chiapas se rebelaron movidos por un profundo sentimiento de "indignación" e "injusticia", un "agravio moral" generado por una "modernización bárbara y excluyen-

te" que había dado ya los primeros pasos hacia la destrucción de su "economía moral" y su orden sacro.

En la narrativa histórica Gilly introduce a los actores de la rebelión y retoma de manera superficial la discusión teórica del inicio. Sin mucho detalle ni mayor novedad (todas las fuentes del ensayo son secundarias), Gilly narra lo ya sabido: a raíz de los intensos movimientos migratorios y las expulsiones que llevaron a comunidades indígenas enteras a establecerse en la selva, se inició en los años setenta y ochenta una larga etapa de conflictos por la tierra en las Cañadas. A la par, la diócesis de San Cristóbal inició un extenso trabajo de organización social en la zona, apoyada unas veces y otras a contrapelo, por organizaciones maoístas de ex guerrilleros provenientes del norte del país. Para finales de los ochenta, nos recuerda Gilly, habían surgido liderazgos indígenas importantes en organizaciones campesinas independientes. Por otro lado, conforme se profundizaba la modernización del campo, se fue consolidando una alianza entre la elite financiera nacional y la oligarquía chiapaneca y el gobierno estatal. La rebelión estalló cuando el "agravio moral" llegó a su punto máximo: la alianza política entre la elite financiera nacional y la oligarquía chiapaneca se había estrechado con la llegada en 1993 a la Secretaría de Gobernación, del entonces gobernador de Chiapas y la política agraria posrevolucionaria había llegado a su fin con la reforma al artículo 27 y la entrada en vigor del TLCAN a finales del mismo año.

La explicación de la rebelión

como un fenómeno esencialmente *cultural* no es convincente. Reduce las motivaciones de la acción individual y comunitaria de los campesinos e indígenas chiapanecos al orden de lo sagrado. Ante "la irrupción de la modernidad capitalista", la comunidad agraria mexicana reacciona como un autómatas movido por el pasado y "jala el freno de emergencia". No hay liderazgos, ni organizaciones, ni estrategias: tan sólo comunidades que reaccionan mecánicamente ante amenazas externas. Ésta es una explicación evidentemente funcionalista en la que los resultados dan cuenta de las causas. La intencionalidad individual está ausente: los individuos no tienen ningún margen de acción ni alternativas. Es el mundo de las "necesidades" históricas.

Si la rebelión chiapaneca de 1994 fue, como argumenta Gilly, una reacción de la comunidad agraria en defensa de su "economía moral", ¿por qué fue sólo en las Cañadas donde el "agravio moral" se tradujo en rebelión? Cualquier explicación lógicamente consistente de una rebelión debe dar cuenta de su contraparte: la obediencia. Uno de los pecados capitales de la mayoría de las teorías sobre revoluciones, movimientos sociales y grupos de interés es que consideran sólo a los grupos que se organizan y se rebelan, pero ignoran a los que no lo hacen. Gilly es presa de este vicio metodológico.

Más allá del problema metodológico yace un problema teórico de igual importancia: Gilly no puede dar cuenta de por qué unas comunidades agrarias se rebelan y otras no, porque su explicación que parte del agravio

es inconsecuente, como la mayoría de las explicaciones que toman a las frustraciones y a los agravios como condiciones necesarias o suficientes para la rebelión. Enconos y agravios han existido en todo momento y en todo lugar. Sin embargo, de entre el universo de los agraviados, unos se levantan y otros no. Y no parece haber una asociación entre la intensidad del agravio y la propensión a la rebelión. Hay grupos y comunidades con bajos niveles de frustración y agravio que logran coordinarse y rebelarse, mientras que los muy agraviados, en ausencia de liderazgos efectivos y redes sociales que faciliten la organización social, se quedan frustrados.

Saber por qué una rebelión sucede en el momento en que sucede es tan importante como saber por qué ocurre en el lugar en que ocurre. ¿Por qué el 1 de enero de 1994 y no el 12 de octubre de 1992? ¿Por qué el día que entra en vigor el TLCAN y no durante su negociación? La decisión de cuándo rebelarse es eminentemente estratégica. Aunque Gilly narra los dimes y diretes entre los líderes guerrilleros y las comunidades indígenas entre 1992 y 1993, lo que se desprende de la discusión teórica es que la rebelión estalló cuando los agravios llegaron a su punto máximo: a saber, cuando se consolidó la alianza entre la elite financiera nacional y la oligarquía chiapaneca, y cuando entró en vigor el TLCAN. Gilly cree en el agravio como razón explicativa. Si uno optara por una explicación estratégica a partir de incentivos, las razones de cuándo sucedió la rebelión irían en sentido opuesto. Los empresarios políticos

(Marcos, *v.gr.*) inician el trabajo de movilización para la rebelión cuando se abren ventanas de oportunidad política, ante la fragmentación de las elites o ante un proceso sucesorio o de cambio de mando. Los incentivos para la rebelión no surgen cuando se acumulan los agravios ni cuando se fortalece alianza política alguna, sino, al contrario, cuando las elites se dividen.

¿Por qué y cuándo surgió la identidad india como factor de movilización política? Para Gilly la identidad india es algo natural —primordial— y está íntimamente vinculada al ser campesino. El problema con el primordialismo es que no ve que las identidades se construyen de manera artificial. En su construcción los empresarios políticos desempeñan un papel muy importante. En la lógica general del argumento de Gilly, la identidad india se expresa políticamente cuando los agravios a la economía moral de las comunidades agrarias llegan a su punto máximo. Este argumento, sin embargo, no ayuda a entender por qué la rebelión neozapatista fue, en sus orígenes, una rebelión rural con demandas campesinas y solamente después surgieron demandas indígenas como la autonomía. La transformación del neozapatismo de un levantamiento rural en uno indígena parece ser una decisión estratégica tomada por el EZLN en función de cambios políticos que se gestaban en escala nacional: en particular, el menoscabo de la autoridad presidencial que tomó lugar entre 1994 y 1995 y la consecuente descentralización política *de facto*.

Chiapas. La rebelión indígena

de México es también una colección de ensayos interpretativos, escritos por Montemayor a sugerencia de un editor estadounidense. El libro recoge una labor de investigación de muchos años sobre la guerrilla en México, plasmada en su novela *Guerra en el Paraíso*, y en su trabajo de crítica, traducción y promoción de la literatura indígena mexicana. A diferencia de Gilly, Montemayor no encuadra su análisis en un marco teórico. No hay citas, ni referencias bibliográficas. Montemayor apela al sentido común y a su conocimiento empírico de las guerrillas y de las culturas indígenas. No entra en debate con ningún paradigma teórico. Su verdadero litigio es en contra de la interpretación gubernamental de la rebelión.

Montemayor sugiere una larga lista de factores explicativos de la rebelión. Del texto se pueden señalar ocho factores; los cuatro primeros explican el por qué de la rebelión y los otros cuatro dan cuenta de cómo se organizó la misma: 1) el hambre y la miseria; 2) los conflictos por la tierra entre indígenas y ganaderos, finqueros y cafetaleros; 3) la represión y la ineptitud del gobierno estatal; 4) la política económica de la federación; 5) la experiencia acumulada en más de treinta años de guerrilla en México; 6) el despertar de la cultura indígena; 7) las densas redes sociales de apoyo y comunicación que se tejen entre familias y comunidades de la zona; y 8) el surgimiento de organizaciones de base vinculadas a la Iglesia católica y de organizaciones campesinas independientes.

Para Montemayor, la motivación que dio origen a la rebelión es un

factor ancestral: la pobreza. Es muy enfático al respecto: las insurrecciones indígenas desde la Colonia han sido la “[...] lógica conclusión del hambre, la miseria [...], la exasperación” (p. 12). En Chiapas, las expectativas de remontar estas condiciones de miseria se disiparon conforme terratenientes y ganaderos fueron ganando terreno en detrimento de las comunidades indígenas. Una serie de decretos presidenciales iniciados por Luis Echeverría, y cuya culminación ve Montemayor en la reforma al artículo 27 constitucional, sesgaron la distribución del poder económico en favor de terratenientes y ganaderos. La rebelión chiapaneca, como toda insurgencia armada en el México contemporáneo, dice, se gestó cuando los campesinos se sintieron “acorralados” y sus expectativas de redistribución de tierra se vieron canceladas.

Pero la identidad y la organización de la rebelión son para Montemayor tan importantes como la pobreza y la frustración. En la *organización* de la rebelión se conjugan dos elementos fundamentales: los treinta años de lucha guerrillera en México y los quinientos años de resistencia indígena. La experiencia guerrillera de los jóvenes maoístas que llegaron a las Cañadas a finales de los años setenta abrió la alternativa de una organización armada. Y el “despertar” del México indígena le imprimió su carácter etnocultural a la rebelión. En suma, para Montemayor “[...] la insurrección guerrillera [es y ha sido] la expresión natural, social, política, indígena, agraria, que nos avisa que debemos cambiar o que no somos aún lo que debemos ser” (p. 75).

El argumento general de Montemayor, como el de Gilly, conjuga una lógica funcionalista con un argumento de frustración: los indios se rebelan, casi automáticamente, cuando, acorralados, perciben que el camino por el que se anda es incorrecto. Las rebeliones parecieran ser un mal necesario cuya función es corregir el rumbo que lleva la sociedad: acercarnos a “lo que debemos ser”. ¿Y qué es lo que debemos ser? Ésta no es una pregunta que preocupe mucho a Montemayor porque en su historia de evolución adaptativa las rebeliones son manifestaciones “naturales”. Las intenciones individuales y la acción estratégica no forman parte de la explicación. Si las guerrillas son la “expresión natural” que nos alerta cuando las cosas andan mal, entonces las rebeliones no serían episódicas, ni geográficamente localizadas: viviríamos en un estado de guerra *perenne* y *generalizado* en el país. Ni lo uno ni lo otro. Explicar la rebelión como el resultado de la pobreza nos llevaría a una conclusión similar. El problema genérico con esta línea explicativa es que no nos ayuda a entender por qué en condiciones de pobreza y acorralamiento unos grupos (los menos) se rebelan y otros (los más) no.

A diferencia de Gilly, Montemayor se pregunta explícitamente por qué se dio la rebelión en las Cañadas. Además de señalar la intensidad de los conflictos agrarios en la zona, producto de sucesivos decretos presidenciales que desplazaron a comunidades enteras hacia las Cañadas, Montemayor hace hincapié en el trabajo de organización social y educación que desarro-

llaron la diócesis de San Cristóbal y los jóvenes maoístas. Efectivamente, las redes de organización social preexistentes han sido señaladas por diferentes escuelas de estudio de las rebeliones como uno de los factores que facilitan las labores de organización y reclutamiento que llevan a cabo empresarios políticos como Marcos. El problema con la explicación de Montemayor, sin embargo, es que sólo se aplica a las Cañadas. Montemayor se pregunta por qué la rebelión se dio en las Cañadas pero nunca cuestiona por qué no se dio en otras regiones de Chiapas. En ausencia de una comparación con una zona con características similares en donde no haya habido rebelión, es difícil identificar las variables explicativas relevantes (p.e., las redes de organización social) y, en consecuencia, la lógica explicativa es incompleta.

El argumento de Montemayor aporta pocos elementos para explicar por qué la rebelión estalló el 1 de enero de 1994. Lo que se desprende del listado de factores explicativos que se diseminan a lo largo del libro es que el escalamiento de los conflictos por la tierra y la reforma del artículo 27 constitucional orillaron a las comunidades indígenas, pobres aunque bien organizadas, a "jalar el freno" del tren de la modernidad neoliberal. La explicación, en el fondo, es análoga a la de Gilly: el momento de la rebelión es el punto máximo de desesperación y frustración. Pero si los agravios estaban presentes desde 1992, ¿por qué entonces esperar hasta 1994? En ausencia de actores intencionales y estratégicos, Montemayor

tampoco nos ayuda a responder esta pregunta.

Acaso los lectores esperábamos de Montemayor una explicación más sólida sobre el "despertar" del México indio: ¿por qué y cómo surgió la identidad étnica como factor de movilización política en Chiapas? Montemayor es enfático sobre el carácter indio de la rebelión: "el aspecto indígena es quizás el más relevante de la insurrección del EZLN". Y el despertar del México indio no sólo se limita a la rebelión de las Cañadas: en los últimos años, nos recuerda Montemayor, han surgido organizaciones indígenas, campesinas, de escritores y frentes de organizaciones indígenas. ¿Qué explica este súbito despertar del México indio? El texto nos describe vívidamente este despertar pero no nos ayuda a entender por qué se dio ahora. Tampoco nos ayuda a entender el surgimiento de lo indio como factor de movilización política.

Vistos en conjunto, los libros de la rebelión adolecen de importantes problemas teóricos y metodológicos. El libro de Gilly no da cuenta de los tiempos, los modos y los rostros de la rebelión. Montemayor, por su parte, enumera factores relevantes pero sin darles jerarquía explicativa. A pesar de sus limitaciones, los libros de Gilly y Montemayor son lectura obligada para estudiosos de rebeliones indígenas y campesinas y para el público interesado en la rebelión chiapaneca. Ambos libros son fiel reflejo de las principales virtudes y los mayores defectos de la academia y del medio intelectual mexicanos.